

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

---

## PAGINAS DE MI CARTERA

---

CON DON VICENTE F. LOPEZ

...Después de mi excursión por las islas del Paraná, no quise, a la vuelta, pasar delante de la quinta del doctor Vicente F. López sin hacerle una visita. Aunque conozco el régimen de constante actividad y el temple admirable de esa complexión excepcional, que ha soportado sin desfallecer los mayores trabajos y las pruebas más duras, confieso que, dada la hora de siesta veraniega, tuve mis escrúpulos y vacilé un instante. En lugar, pues, de meterme de rondón por la calle del jardín que va directamente a sus habitaciones, me hice anunciar, mejor dicho, averigüé si él estaba descansando o poco dispuesto para pláticas...

Lo encontré, como siempre, delante de su mesa de trabajo, rodeado de libros abiertos y papeles a medio escribir, ágil, presto, vivaz, como el pez en el agua, o, para emplear un símil más propio del momento, como una salamandra en esa atmósfera de fuego. Me hizo sentar a su lado, nos pusimos en comunicación mental por el tubo acústico, que es el lente de la sordera, *y nous voilà partis!* Aquella vez, una de las primeras palabras del ilustre anciano, que ha pasado la edad de Voltaire, **fué** precisamente un dicho a lo Voltaire: "Si no fuera esta torpeza del oído, me sentiría con los bríos de un hombre de sesen-

ta años!" Y me acordé al punto del patriarca de Ferney, cuando, meneando la cabeza octogenaria, soltaba este suspiro humano, que hacía vacilar la eterna llama de su ironía sin apagarla aún: "*A l'âge heureux de soixante et dix ans. . .*"

En la ciudad, años hace que el doctor López no sale nunca de su casa; aquí mismo, en el Tigre, apenas si cruza la calle para respirar de tarde la brisa del río en su embarcadero. Para el público, él existe, pues, como un ausente cuya voz respetada le llega aún de cuando en cuando; y si nadie ha olvidado la catástrofe que fué la causa inicial de su retiro, no falta quien crea que éste se ha hecho definitivo por el peso creciente de la edad. El error es absoluto; y, hasta ahora, no se nota en él un asomo de decadencia siquiera física: camina, habla, acciona lo mismo que hace diez años, cuando encontraba tan liviana la labor del ministerio de hacienda que, a ratos perdidos, entre un acuerdo de gabinete y una sesión del Congreso, escribía el décimo tomo de su *Historia Argentina*. La letra misma, nítida y firme, no ha cambiado: me he cerciorado de ello por una carta reciente. El aspecto general es realmente, según su propia expresión, el de un hombre de sesenta años, robusto y brioso. La cabeza sólida, con su ancha frente y la corta barba blanca que ahora rellena la cara, recuerda la de Víctor Hugo; pero la luz que brota y centellea en estos ojos negros, revela otro caudal de vida que la mirada vaga y el párpado caído del anciano de la Avenida d'Eylau. Este no necesita, al igual que el otro, medir y contar sus palabras como las gotas del aceite precioso que alimenta la lámpara mortecina, y cuya provisión no se renovará; ni está la familia atenta, como allá madame Lockroy o Vacquerie, a que un admirador indiscreto no prolongue la visita hasta la fatiga. Aquí se habla y discute,—a gritos, naturalmente,— durante tres y cuatro horas, sobre historia, letras, viajes, política, crónicas de ayer o de hace setenta años, que todo es uno para el dueño de casa; y la hora de comer siempre interrumpe la charla sobre puntos suspensivos. . .

¡Por cierto no seré yo quien haga la apología de la charla! No a guisa de entretenida paradoja, sino de opinión madura (o, por lo menos, pintona, sostengo que el palabreo insubstan-

cial, que encuentra en el periodismo su alimento cotidiano al par que su forma más aguda, es un síntoma de chochez del latinismo degenerado y decrepito — algo así como la demencia senil de estas subrazas tartarinescas. Lo que pueda dar de sí este perpetuo palique meridional está muy a la vista: vivimos dialogando, y gastamos en palabras el tiempo que otros emplean en la acción. Nos vamos en labia. Ha escrito un moralista, al revés de la sentencia bíblica: “¡Ay de los que no pueden estar solos!” El dicho no requiere demostración: estar solo, equivale a pensar sin hablar, ¡tormento doble para muchos!

Lo más grave, según me dicen, es que esta logorrea incoercible y crónica no es sólo achaque de la vejez, sino también de la juventud. Parece que las generaciones del “último tren” se juntan, no para hacer locuras sino para hablar necedades. A esta rara manía atribuyen algunos el pululamiento de los centros y círculos “literarios”, cuyo programa diario consistiría en formar rueda para disertar, persuadidos los catecúmenos de que es así cómo progresa el “arte”: es la ocupación del niño que se chupa el dedo para alimentarse.

Claro está que la *causerie* no equivale a la charla sino en castellano, así como el vino de Champaña sólo se parece al Valdepeñas en lo de ser ambos zumo de uvas. Como paréntesis a la labor solitaria, apenas habrá solaz más provechoso y sano que la conversación libre y familiar de un hombre de talento — mayormente si es sordo, y reduce a breves preguntas el papel del interlocutor, dejándole, como se dice, todo el provecho en casa.

Por lo mismo que es espontánea y sugerente cual pingüna, la conversación del doctor López se mantiene a igual distancia del chisporroteo gracioso y del cuentagotas pontifical: ni rebuscados chistes que empalaguen, ni almidonadas frases de oráculo que se le asienten a uno en el estómago. El nervioso anciano es todo soltura y naturalidad: habla como escribe, improvisando y soltando la rienda a la idea para que encuentre sola su paso y su camino.

De sus escritos podría decirse, como se ha dicho de los de Thiers, que carecen de estilo. No carecen, puesto que no lo persiguen ni les hace falta. Todo estilo artístico es un prisma interpuesto entre la vista del lector y la realidad: los encantadores efectos de colorido se deben a una refracción, a una desviación. Por eso ha dicho Bacon, tres siglos antes de Taine y Zola, que el arte es el hombre agregado a la naturaleza. López, como Thiers (otro improvisador, también algo incorrecto), desconoce en absoluto los anhelos de la forma: muestra las cosas como las ve; y no las ve a través de prisma irisado alguno, sino directamente, como si lo pasado fuera presente, y lo lejano, inmediato. Por momentos, el lector sufre la propia ilusión que el autor; alarga la mano, creyendo tocar lo que mira: sólo entonces da con el invisible cristal, nítido y plano, que separa la ficción de la realidad. Por esto también es que suele el escritor instintivo fracasar cuando se aplica, triunfando casi siempre cuando se abandona; y es así como algunos capítulos realmente magistrales de la *Historia* de López (v. gr. en el tomo IX, la admirable galería de los congresales del año 26) son los que improvisara sin más documentación que el testimonio de la memoria visual, del *insight* indeleble e irrecusable — los que escribió ayer como los habla hoy.

He incurrido alguna vez en la flaqueza de tildar la inexactitud material de López, porque me había situado en un punto de vista inconveniente: no es allí donde se deben aprender los hechos menudos, sino en los archivos y diarios contemporáneos. López enseña otra cosa, que todos los papelistas ignoran y de que ningún escribano puede dar fe: y es la sensación de la vida pasada, el estremecimiento contagioso de la pasión contemporánea, la presencia visible de los personajes muertos y de las cosas desvanecidas, que sólo un testigo y un vidente logra resucitar.

Tan inexacto como López era Carlyle; y del mayor discípulo de éste, el fantástico descriptor de *West India*, ha dicho que era *constitutionally inaccurate*; tanto que en Inglaterra, esta suerte de daltomismo histórico se llama "enfermedad de Froude". ¡Bendita inexactitud, si era fatal que coexistiese con

la potencia evocadora, a la cual debemos la *History of England*, y con la agudeza presciente que profetizó, hace un cuarto de siglo (*Leaves from a South African Journal*), las iniquidades y decepciones de la presente guerra de conquista!

Todos los rasgos, pues, todas las cualidades buenas y malas que constituyen la fisonomía accidentada y desigual, pero singularmente atrayente, del escritor histórico, contribuyen a enriquecer la del improvisador y la del hombre mismo, hasta formar, siempre que se la coloque en el campo visual y bajo la luz convenientes, una individualidad extraordinaria, única. El doctor López suele decirme, con su sonrisa apenas irónica: "Usted me somete a un examen de historia..." No es examen, sino deseo de situarle donde ambos estemos mejor; él para enseñar y yo para aprender. Sácole entonces, con mano respetuosa, de cualquier digresión filológica, que sería para mí poco interesante, o de tal cual deshecha escabrosa a donde me costaría seguirle, para traerle sin esfuerzo al camino que sé ha de recorrer con firmeza y desenvoltura incomparables: la historia argentina, que es su historia, pues el proceso del organismo nacional, durante ochenta años, no es para él sino una exteriorización y un ensanchamiento de su propia tradición doméstica y desarrollo personal.

Después del talento nativo, y del numen casero que lo fecundó, hale tocado al doctor López el conjunto de circunstancias más propicio para su papel futuro de historiador ocular. Nacido en Buenos Aires, el día mismo del motín contra Alvear; soltó sus primeros balbuceos a raíz de la declaración de la Independencia, jugó de niño en los sillones del Congreso de 1826, viendo pasar por su casa, durante tres o cuatro décadas, a todos los próceres de la revolución, a todos los actores o víctimas de los años tremendos: desde Rivadavia, a quien su padre sucedió después de la "aventura unitaria", hasta Rosas, desde cuyo asiento gubernativo el padre y el hijo presenciaron el primer aborto de la reorganización federal. Son muy conocidas, por otra parte, las prendas intelectuales del autor del "Himno Argentino", no menos que la benignidad de su carácter pacífico; y estos rasgos personales, que le substraían a los

grandes papeles de lucha y sacrificio, — así como a los incentivos de la ambición autoritaria, para cuyos azares su figuración histórica parecía designarle, — eran otras tantas condiciones preciosas para que su hijo viese más de cerca y conociese mejor a los personajes famosos, que trataban todos con respeto y cariño al único prohombre argentino que no se conoció jamás un enemigo. Tan es así, que nadie tuvo a mal, ni siquiera mostró sorpresa, cuando D. Vicente López, durante las peripecias más varias y violentas de las administraciones sucesivas, siguió prestando al país, que ningún tirano mata ni aniquila ninguna revolución, el concurso de su ilustración y honradez. En las horas más sombrías del despotismo nada pareció más natural que la permanencia del padre en Buenos Aires, si no era la salida del hijo para el destierro.

Este, pues, también conoció la proscripción, el gusto de sal del *pane altrui*: estuvo en Chile, con la pléyade civilizadora; en Montevideo, cuando allí convergían los factores de la historia patria. Y esta iniciación personal complementó sin duda la lección objetiva de cincuenta años que, además de lecturas infatigables, hizo de él, acaso el más apasionado y azaroso, pero también el más real y palpitante, el más *vivo*, en una palabra, de los historiadores hispano-americanos.

Por lo demás, el doctor López, a diferencia de sus grandes amigos y émulos, no ha hecho sino cruzar por el escenario político, en dos momentos memorables y a cuarenta años de distancia uno de otro. Su última aparición, durante la breve administración reparadora del doctor Pellegrini, ha quedado en la memoria de todos; se mostró a los 75 años lo que fuera toda su vida: infatigable en el trabajo, inexorable contra la corrupción y la mentira — en suma, inservible para la política, que vive de lo que él quisiera matar.

Su glorioso fracaso de 1852 fué debido a causas análogas: cayó vencido, más que por el estrecho localismo, por el farisaísmo de los emigrados que, como los franceses de 1815, volvían sin haber olvidado la letra ni aprendido el espíritu de la sangrienta lección. Los habladores, rompiendo el largo ayuno oratorio, se obstinaron en condenar el acuerdo de San Nico-

lās por ilegal, dando de barato que fuese salvador. El patriotismo de campanario venció al patriotismo de la patria; y fué la segregación, volviéndose al punto de partida. Cayó López cubierto de insultos y de denuestos, que nos producen hoy el efecto de homenajes involuntarios a su altura de miras, a su valor cívico, que nada pudo detener ni acallar, a su elocuencia viril. Y, después de medio siglo, lo que queda de esas famosas y estériles sesiones de Junio, es el discurso trunco del ministro derrotado.

Se alejó nuevamente; volvió a tomar, voluntariamente esta vez, el camino del destierro, permaneciendo en Montevideo cerca de veinte años más; hasta que le restituyó a su patria el anhelo de no ver a sus hijos extranjeros en Buenos Aires.

Tal es, en compendio, no por cierto la vida del doctor López, sino la leve traza de su preparación histórica: lo que de aquella larga existencia de honradez y estudio, de nobleza intelectual y moral, se trasluce por su conversación insuperablemente animada e instructiva. Un rasgo novísimo quisiera señalar en su antes inquieta y ahora plácida fisonomía: y es la bondad, la indulgencia tardía hacia los hombres que sólo han errado por ignorancia, como casi siempre acontece; hacia las cosas, que fueron malas, porque casi nunca pudieron dejar de ser así. . .

P. GROUSSAC.